



Marey, Macarena (2025). *Diario de Galileo*. Bosque energético. 104 páginas

Ernesto Taneff
Universidad de Buenos Aires  

<https://www.doi.org/10.5209/itdl.103694>

En Argentina, las reflexiones filosóficas en torno al autismo son casi inexistentes. *Diario de Galileo*, escrito por Macarena Marey —Doctora en Filosofía, investigadora en CONICET y profesora adjunta regular de la materia filosofía política en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires— es una contribución inédita y relevante en el campo filosófico. En sentido estricto, no es un libro sobre el autismo, pero está habitado por él: como una presencia que afecta y transforma la práctica filosófica y política.

Diario de Galileo no es simplemente un libro, es un *objeto epistémico situado* que interrumpe la escritura individual. Emerge de una práctica afectiva y cotidiana en la que el cuidado mutuo no se privatiza, sino que se afirma como una praxis política. Marey lo escribe junto a sus hijos Galileo —autista no verbal— y Elías, en un gesto que no describe la experiencia, la respira. Por eso Galileo y Elías no son objetos de la narración son agentes dignos que transforman la reflexión, la escritura y la vida.

Marey narra, desde las primeras páginas, el entramado de una “familia discapacitada” (Marey, 2025, p. 90) atravesada por una ética del cuidado: “No somos madre e hijos, somos una voluntad general autónoma y nuestra felicidad depende radicalmente de la felicidad de esta comunidad.” (Marey, 2025, p. 92). Aquí la operación conceptual de Marey es doble. Por un lado, redefine la autonomía como un vínculo colectivo sostenido en la interdependencia y la reciprocidad; y por otro, desactiva la idea de familia como unidad biológica o refugio sagrado y la convierte en *barricada*. La verdadera protagonista de la obra es la relación que *arman* —en ambos sentidos del término— Marey, Galileo y Elías.

El libro subvierte las convenciones del diario íntimo. Marey no se refugia en la privacidad, transforma lo íntimo en material de reflexión colectiva y, desde ahí, interroga las categorías normativas que coaccionan la vida: la normalidad, la infancia, el lenguaje, la autonomía, la percepción, el espacio y el tiempo. De este modo, un género que tradicionalmente resguardó y protegió lo íntimo, se vuelve un arma política que no exhibe la privacidad como espectáculo, sino como el testimonio (μῆνισμα) de una vida que resiste a las formas hegemónicas de dominación. Asimismo, el texto asume una *temporalidad otra* que desafía la linealidad narrativa. La fragmentación de fechas, las reiteraciones y el desorden acompañan a los modos de Galileo sin violentarlos.

En este contexto, la presencia de Galileo trasciende lo biográfico, *interrumpe* los discursos cotidianos y posibilita el despliegue de una crítica inmanente al sistema capitalista que revela cómo la ontología, la epistemología y las estructuras de dominación —sexo, raza, clase y capacidad— son una trama homogénea. Mientras tanto, Elías no es un testigo pasivo ni una figura normativa. Él cuida, se enoja y cuestiona: “Mi hermano es autista, ¿para que lo sepas!” (Elías desde Marey, 2025, pp. 89-90). No habla por Galileo, pero lo defiende y acompaña.

En el texto, las exclamaciones de Elías nunca son una mera defensa afectiva, sino actos de posicionamiento político. Lejos de pedir tolerancia, nombra la diferencia, sin vergüenza, y exige que sea reconocida: “¿Pero no ven que somos una familia discapacitada?!” (Elías desde Marey, 2025, p. 90). Esta pregunta-exclamativa no reproduce el estigma, afirma la discapacidad como forma de existencia colectiva digna que contiene y resiste desde la diferencia.

Este gesto reconfigura el cuidado, ya no se organiza en torno a la dependencia o la falta, sino a una normatividad-afectiva que, también, transforma a Marey: “entre Elías y Galileo hay un cuidado transformador, del orden de la cooperación [...]. Esta lección es un amparo para mi propia finitud.” (Marey, 2025, p. 92). Este pasaje del libro condensa una ética-política del cuidado. Primero, desactiva la lógica vertical de ayuda, ya que en lugar de caridad hay cooperación y transformación mutua. Segundo, visibiliza que el cuidado entre

niños no se basa en la piedad o la condescendencia, sino en una normatividad que desborda los criterios adultocéntricos.

Además, Marey reconoce que la relación entre sus hijos se convierte en el amparo de su propia finitud. Un amparo que no proviene de un otro-idealizado, sino de la relación horizontal, material, situada y contingente entre niños que crean mundo. En este sentido, *Diario de Galileo* no es una épica maternal, es una comunidad en la cual la finitud no se resuelve ni supera, se la habita colectivamente en medio de la fragilidad compartida.

Otro aspecto central de la obra es que la crítica al capacitismo no se limita a denunciar a las instituciones. Expresiones cotidianas como: “pobre angelito” o “estos chicos” se revelan como piezas condescendientes-violentas de un régimen afectivo que lubrica la máquina normalizadora. Frente a esto Marey presenta una estrategia clara: “me repito una y otra vez, no interiorizar esa proyección inferiorizante.” (Marey, 2025, p. 51). Este gesto mínimo-monumental exhorta a habitar un lenguaje otro, en el que no se pide permiso ni se traduce la experiencia.

Cuando Marey describe su cansancio, no lo hace de manera banal o anecdótica, sino como la fatiga de una madre que debe responder sin cesar y defender sin tregua, una carga que no se resuelve en el amor ni se sublima en resiliencia. Una batalla constante que no se romantiza, pero a la cual no se renuncia. Esta toma de posición le permite desentrañar las posibilidades de liberación.

Marey, en uno de los pasajes más emotivos del libro, anota que al despertarse encontró que Galileo “Había hecho caca sin pañal, en mi escritorio, en su cuerpo y en varios lados de la casa.” (Marey, 2025, p. 97). La furia, la limpieza de excremento y el cansancio cotidiano no son metáforas, son las condiciones materiales y afectivas en las que ella produce conocimiento. Esta escena interrumpe la asepsia del discurso filosófico. Como sugiere, la filosofía también se escribe limpiando caca, desde lo crudo, lo agotador y lo corporal. En otras palabras, Marey rompe con los resabios higienistas de la filosofía del siglo XIX, que aún hoy sobreviven en la academia bajo la forma de conceptos descarnados y subjetividades desmaterializadas.

Mientras muchos autores critican la racionalidad capitalista sin poner el cuerpo en juego, Marey sí lo hace. Su escritura politiza sin estetizar porque para ella “la furia es el motor de la vida” (Marey, 2025, p. 97). De lo cual se desprende que no hay conciencia o saber político sin sufrimiento material concreto, ya que la subjetividad política no nace de una decisión voluntarista ni de un compromiso abstracto, sino de la furia ante la injusticia vivida, de la rabia y el sufrimiento.

Marey encarna una maternidad activa que piensa *con* y *desde* el cuerpo de su hijo. Lejos de ser una traducción, *Diario de Galileo* es una *co-elaboración*: un proceso de afectación mutua entre Galileo y Marey que no anula las diferencias, sino que las vuelve principios activos de transformación que permiten la creación de un *tercer mundo* epistémico que suspende, problematiza y rearticula las fronteras identitarias y ontológicas. Un mundo en el que las tensiones no se resuelven, al contrario, se sostienen como condición de posibilidad de nuevos saberes. Por ende, se trata de un conocimiento situado, relacional y radicalmente político, que desestabiliza las jerarquías epistémicas sin forzar la experiencia a encajar en un molde narrativo convencional.

Uno de los gestos más radicales del libro es su negativa a explicar o definir qué es el autismo, suspende toda operación analítico-clasificatoria. En lugar de disputar el discurso médico-patologizante se corre de ese marco y permite que el autismo se exprese en la vida cotidiana, en las prácticas y en los afectos. Así, Marey no presenta un “modelo ideal de lo neurodivergente” que funcione como un nuevo sujeto revolucionario.

Sin embargo, Marey introduce una idea sumamente potente para pensar la política:

El autismo es también un modo de habérselas con el tiempo y con el espacio [...] Un trayecto es, para Galileo, un espacio valioso en sí mismo, no es un lugar de paso [...] crea esa temporalidad a partir del modo en el que vive la espacialidad. En su manera de explorar las calles, las habitaciones, las aulas, los patios, las plazas y los pasillos de los edificios, Galileo crea otra espacialidad (Marey, 2025, p. 72).

Esto evidencia que no existe un único tipo de subjetivación política. La temporalidad que enseña Galileo perturba cualquier intento de pensar la emancipación en términos de desarrollo, aceleración o productividad, aunque esta sea revolucionaria.

El análisis de Robert Chapman (2025) sobre la velocidad en el capitalismo ofrece herramientas valiosas para comprender cómo se produce la normalidad como régimen temporal. No obstante, lo hace desde una narrativa que presupone una forma activa y visible de resistencia. En cambio, Marey, sin negar la relevancia de ese enfoque, parte de una experiencia situada que muestra que el régimen de temporalidad ya está fracturado, no hay que esperar a la revolución para habitar otro tiempo: los márgenes ya viven otras temporalidades.

Marey describe: “Galileo no acepta la inhospitalidad del mundo, que no es lo mismo que no aceptar el mundo. Este es un superpoder: su manera de manifestar la necesidad de transformar el mundo [...] su modo de indicar una potencia para esa transformación.” (Marey, 2025, p. 75) y habilita una relectura de la agencia política en términos de *agencia pasiva*. Es decir, como una forma de insumisión sin visibilidad, de desobediencia sin espectáculo y de política sin logos que no responde a la lógica heroica de la emancipación ni acepta que solo los actos explícitos son políticos. Galileo no trabaja ni verbaliza, pero eso no significa que no luche. Sostener una vida autista es siempre-ya una forma de resistencia y no ceder a la traducción es su revolución.

En este sentido, Marey no analiza: actúa. No narra: cambia vidas. Todos los tópicos de la filosofía: la dependencia, la fragilidad, la falta de logos, la pasividad, la discapacidad, etc. son restituidos como condiciones de posibilidad de lo político. Así, frente a quienes sostienen que la agencia consiste en pasar de la potencia al acto —en actualizar la voluntad en forma de decisión visible—, *Diario de Galileo* exige otra cosa: una política de los cuerpos que no responden, que no se expresan, que no deliberan, pero que interrumpen. Cuerpos

que, en el sentido clásico de la acción “no hacen nada”, pero *hacen todo*: alteran el tiempo, recomponen los vínculos y desorganizan la norma.

Marey nos hace responsables y nos interpela a pensar otra historia de la agencia una que contemple los cuerpos que “no hacen”, pero aguantan, recuerdan, duelen, odian, aman, etc. Una historia que no mire las epopeyas, sino el peso de lo invisible. Galileo no protagoniza una revolución tradicional—no es vanguardia, ni necesita serlo— pero crea y destruye mundos, su existencia produce una alteración epistémica que desborda la filosofía, obliga a la escritura a volverse otra, al tiempo a desarmarse y al lenguaje a callar.

Finalmente, de la propuesta de Marey puede extraerse una forma insurgente y no ideal de filosofía política que reflexione sin sujeto soberano, sin claridad de fines, sin linealidad causal. Una que no se orienta a intervenir el mundo “desde afuera”, sino a sostener otra forma de estar en él, incluso si eso significa no responder. En otras palabras, Marey nos confronta con la urgencia de pensar teorías revolucionarias que desplieguen el sostenimiento como forma de insumisión, la no respuesta como interrupción y la pasividad como desobediencia lenta. Filosofías donde cuidar; repetir; demorar; reservarse; desorganizar y quebrarse, no sean signos de inacción, sino formas radicales de existencia.

Diario de Galileo es una obra radical que nos exige pensar desde donde no se puede pensar sin ser transformados. Su gesto más profundo es afirmar que hay política donde no hay acto; hay resistencia donde no hay grito; hay pensamiento donde no hay verbo; y hay potencia donde solo se espera pasividad. Ahí está la granada que Marey menciona: la que no explota, pero que, en su doble condición de fruto y arma, transforma el mundo — como Galileo— sin pedir permiso.

Referencias bibliográficas

Chapman, Robert (2025). *El imperio de la normalidad: Neurodiversidad y capitalismo* (Nicolás Cuello, Trad.). Caja Negra.